

La Dignidad // El Carácter del Siervo de Dios

Escuela de discipulado con Ramón Ubillos.

El carácter del siervo de Dios se distingue por su dignidad como hijo de Dios. La Escritura nos llama a reflejar esta dignidad en nuestras vidas, no solo con palabras sino también con nuestras acciones. Ser un siervo de Dios es un honor que nos otorga una vida de integridad y honra, manifestando la gloria de Dios en cada área de nuestro vivir.

El Testimonio de un Verdadero Cristiano

Muchas veces, quienes se identifican como cristianos no reflejan el carácter que debería distinguirnos. Pablo exhorta a Timoteo a no avergonzarse del Evangelio (2 Timoteo 1:8), porque posiblemente estaba luchando con la vergüenza de ser identificado como cristiano. Este recordatorio también es para nosotros: ser hijos de Dios no es motivo de vergüenza, sino una razón para caminar en dignidad y honor.

La dignidad de un hijo de Dios no proviene de méritos humanos, sino de la transformación que produce el nuevo nacimiento en Cristo. Como dice Juan 12:26: *“Si alguno me sirve, sígame; y donde yo esté, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará”*. Esta honra divina nos lleva a vivir con una actitud de respeto hacia Dios, hacia nosotros mismos y hacia los demás.

Dignidad vs. Indignidad

El pecado destruye la dignidad del ser humano, pero la gracia de Dios nos restaura. Eva perdió su dignidad al escuchar la voz de la serpiente y desobedecer a Dios. De manera similar,

cuando comprometemos nuestra integridad por pequeños beneficios o cedemos a la tentación, estamos perdiendo de vista el alto precio que Dios pagó por nosotros: la sangre de Jesucristo.

Como hijos de Dios, no podemos rebajar nuestra dignidad. Cuando alguien intenta corrompernos con ofertas o compromisos deshonestos, debemos recordar que hemos sido comprados por un precio incalculable: *“...sabéis que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir... con la sangre preciosa de Cristo...”* (1 Pedro 1:18-19). La dignidad que viene de Dios no está en venta.

Un Ejemplo de Vida

El apóstol Pablo es un ejemplo de un siervo digno. En 1 Tesalonicenses 2:10-12 dice: *“Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irreprensiblemente nos hemos comportado con vosotros los creyentes... os encargábamos que anduviéseteis como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria”*. Pablo no solo predicó el Evangelio, sino que vivió una vida que respaldaba su mensaje.

Como siervos de Dios, nuestra conducta debe ser santa, justa e irreprensible. Nuestra dignidad debe reflejarse en cada interacción, ya sea en el trabajo, en la familia o en la iglesia. El mundo observa nuestras acciones más que nuestras palabras, y nuestro testimonio puede acercar o alejar a otros de Dios.

Frutos de un Carácter Transformado

Jesús enseñó que seríamos conocidos por nuestros frutos (Mateo 7:16). La verdadera dignidad cristiana no se demuestra solo por conocimiento bíblico, sino por un carácter transformado que refleja amor, honestidad y servicio desinteresado.

Lamentablemente, algunos usan su fe como una excusa para actos indignos, poniendo tropiezo al Evangelio. Por eso, es crucial examinar nuestro corazón y nuestras acciones. ¿Estamos viviendo como es digno de Dios? ¿Nuestro testimonio glorifica Su nombre o lo deshonra?

Un Llamado a la Dignidad

Ser un hijo de Dios es un llamado a vivir de manera diferente. No somos trapicheros ni oportunistas. Nuestra confianza está en que Dios proveerá todo lo que necesitamos, y esa certeza nos libera de la ansiedad y la codicia que caracteriza al mundo. Cuando renunciamos a algo por amor a otros o por obediencia a Dios, él nos honra y provee en maneras que no podemos imaginar.

La dignidad de un siervo de Dios no solo beneficia a quienes lo rodean, sino que también glorifica a Dios. Al vivir con integridad, mostramos al mundo que somos diferentes porque pertenecemos a él.

Reflexión Final

¿Cómo valoras tu dignidad como hijo de Dios? Recuerda que fuiste comprado por la sangre de Cristo. No rebajes tu valor ni comprometas tu integridad por nada. En cada decisión, grande o pequeña, recuerda que eres un embajador de Cristo, llamado a vivir de manera digna de Su nombre.

Como dice 1 Tesalonicenses 2:12: *“Os encargábamos que anduviereis como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria”*. Que este sea nuestro compromiso diario: reflejar la dignidad de nuestro Padre celestial en todo lo que hacemos.